

# UTOPIAS

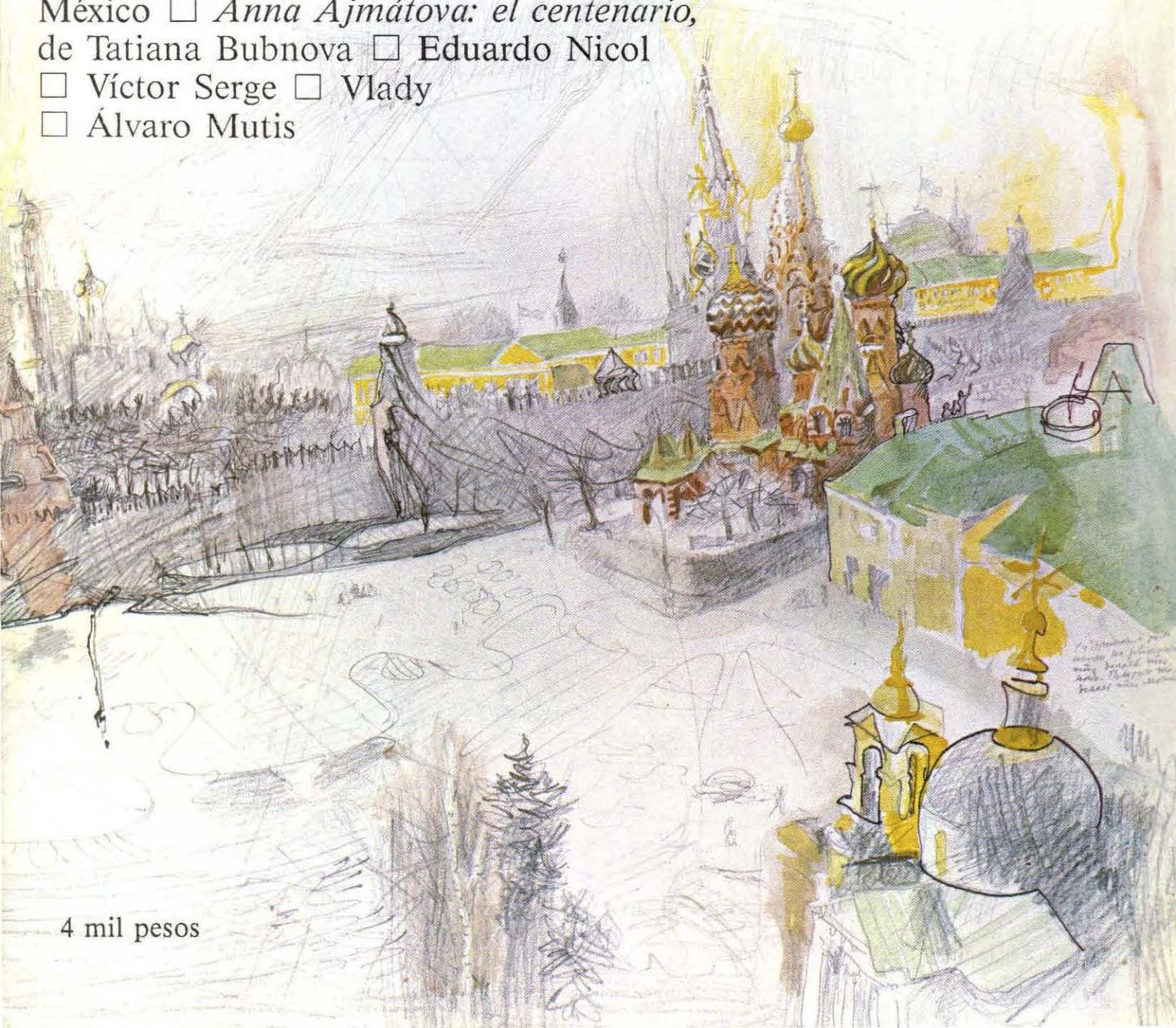
Número

4

Octubre-  
diciembre  
de 1989

Revista de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM

- Nietzsche: un centenario
- Homenajes a José Emilio Pacheco y Adolfo Sánchez Vázquez
- La perestroika vista desde México
- Anna Ajmátova: el centenario*, de Tatiana Bubnova
- Eduardo Nicol
- Víctor Serge
- Vlady
- Álvaro Mutis



4 mil pesos

# UTOPIAS

☐ Número 4  
☐ Octubre-diciembre de 1989

*Director:* Arturo Azuela

*Coordinador:* Sergio Pitol

*Consejo editorial:* Federico Álvarez, Hermann Bellinghausen, Elisabetta Di Castro, Esther Cohen, Ana María Escalera, Gerardo de la Fuente Lora, Anamari Gomís, Juan Meléndez, Cesáreo Morales

*Administración general:* Juan Meléndez

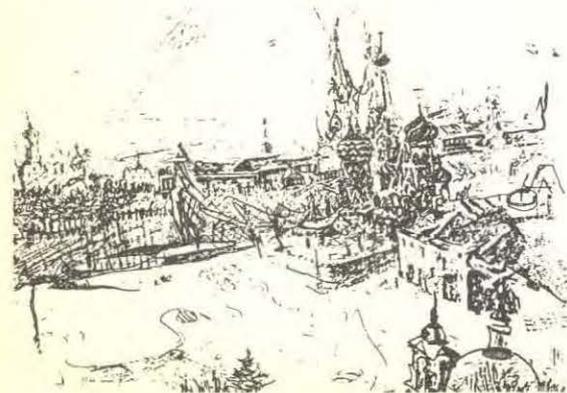
*Apoyo en trabajo social:* Dolores Alquicira y Rocío González

Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM  
Secretaría General  
Ciudad Universitaria; Coyoacán; 04510 México, D.F.  
Teléfono 548 14 52

*Utopías* no responde por textos no solicitados

Producción editorial: *Equipo Editor, S.C.*; Ámsterdam, 33-B; primer piso; colonia Hipódromo; 06100 México, D.F.; teléfono 211 86 86 ☐ Cuidado de la edición: *María del Carmen Merodio y Miguel Ángel Guzmán /* Diseño y diagramación: *Fernando Rodríguez*

Los dibujos del presente número y de la portada son de Vlady. Las ilustraciones fueron tomadas de *Soviet Commercial Design of the Twenties*, de Mijail Anikst (editor), Thames and Hudson, Londres, 1987; *1900-1930 / Paris-Moscow*, de varios autores, Centro Georges Pompidou-Ministerio de Cultura de la URSS, París, 1979; *Art of the October Revolution*, de Mijail Guerman (compilador), Harry N. Abrams Publishers, Nueva York, 1979; archivo gráfico de Equipo Editor, S.C. Los cuadros estadísticos y gráficas que acompañan las secciones "Cultura y Crítica" y "Dossier", de *Anuario Estadístico 1988*, de la Agencia de Prensa Novosti, Moscú, 1988.



## Cuestiones de teoría

- Un héroe en el alma de Nietzsche, *Juliana González* 2  
Dionisos en el laberinto, *Lizbeth Sagols Sales* 10  
Evocación del vacío, *Ana María Escalera* 13  
Nietzsche y el deconstruccionismo, *Anamari Gomís* 16

## El acontecimiento

- La paz, *Eduardo Nicol* 18

## Cultura y crítica

- Cuando llegue el futuro, *Vlady* 25  
Anna Ajmátova: el centenario, *Tatiana Bubnova* 29  
Poemas de Anna Ajmátova 32  
Literatura y vida cultural en la URSS, *Irene Sokologorsky* 36  
Perestroika y sociología, *Tatiana Zaslavskaya* 44

## Dossier

- El tercer proceso de Moscú, *Víctor Serge* 48  
Víctor Serge: la lucidez, *Álvaro Mutis* 49  
Jrushov: trazos para un retrato político, *Fedor Burlatskii* 53  
La perestroika por sí misma, *Mijail Gorbachov* 61  
La táctica de los cambios / Entrevista con T. Zaslavskaya 64  
La perestroika vista desde México, *Adolfo Aguilar Zinser, Antonio Alatorre, Roger Bartra, Carlos Castillo Peraza, Luis González de Alba, Rodolfo González Guevara, Alicia Huerta, Carlos Monsiváis, Carlos Ortiz Tejeda, Adolfo Sánchez Rebolledo, Adolfo Sánchez Vázquez, Enrique Semo* 67

## Homenajes y reconocimientos

- José Emilio Pacheco: 50 años, *Arturo Azuela, Vicente Leñero, Federico Patán* 77  
Palabras al recibir la Gran Cruz de Alfonso X el Sabio, *Adolfo Sánchez Vázquez* 79

## Libros e información

- El ser que se dispersa, *Hermann Bellinghausen* 81  
De la utopía rural al aburguesamiento urbano, *Pablo Escalante* 82  
¿Dios en América Latina?, *Horacio Cerutti Guldberg* 83  
El humor negro de la perestroika, *Dalia Mendoza* 84  
De cátedras 85

## Índice de colaboradores de *Utopías*

88

**P**resten atención a la frase siguiente: “Estamos ya regidos por el vacío, un vacío que no comporta, sin embargo, ni tragedia ni apocalipsis”. Esto no lo escribió Nietzsche, ni nunca hubiera soñado con escribirlo. Él hubiera escrito, como efectivamente lo hizo, sobre la muerte de dios. Y, aunque Nietzsche no lo escribiera jamás, la frase anterior posee, no obstante, el provocador encanto del anuncio nietzscheano.

La similitud, o si ustedes lo prefieren, la relación evocativa que nos permite unir en la memoria ambas frases, es aún más superficial. Recuerden que, en palabras de Nietzsche, lo superficial pertenece al orden del acontecimiento e indica una actitud epistémica decisiva: abandonar las profundidades metafísicas para descubrir su historicidad; en este caso, el hecho de que ambos anuncios —*verbi gratia*— avisan un nuevo modo de existir del hombre y del individuo. La similitud, lo que nos permite evocar uno por el otro de los anuncios es que ambos indican, por medio de una imagen o metáfora, un acontecimiento inédito en la genealogía del individuo moderno. También debemos reconocer la dimensión provocadora de las dos imágenes propuestas: tanto la idea de vacío como la de la muerte de dios distan mucho de ser nociones metafísicas. En este sentido, podríamos decir, como lo ha hecho efectivamente cierta tradición filosófica, que el discurso nietzscheano a propósito de la muerte de dios no es propiamente filosófico. Para suscribir una idea como ésta es preciso, ante todo, suponer que cuando decimos filosófico estamos entendiendo metafísico, y que al decir que el discurso nietzscheano no es filosófico, estamos queriendo dar a entender que los términos en los que está expuesto son meramente *culturalistas*. Lo que la tradición ha dicho de Nietzsche es que se trata de un *crítico de la cultura*.

La idea que prefiero sostener es que, si bien el anuncio nietzscheano de la muerte de dios no es un producto metafísico, es el emblema de una nueva forma de hacer filosofía, y, además, una forma moderna de hacer filosofía.

Dicho de otra manera, cuanto más avanzara Nietzsche en una crítica de la cultura, más filosófico se tornaba su mismo quehacer. Para hablar el mismo idioma, ustedes y yo, les diré que me refiero al Nietzsche autor de *La gaya ciencia*, de *Humano más que humano*, de *Aurora*; dejaré por lo tanto sin tocar al Nietzsche anterior y posterior.

Cuando el escritor contemporáneo anunciaba la era del vacío o cuando Nietzsche a su vez anunciaba la muerte de dios, no pretendían demostrar con argumentos ambos acontecimientos; quizás pretendieran ambos denunciar una situación, pero, sin lugar a dudas, ambos no hacen sino describir las circunstancias que posibilitan el acontecimiento en cuestión. Lo que los dos escritores hicieron fue reconstruir históricamente un acontecimiento. La importancia

## Evocación del vacío

Ana María Escalera

del anuncio no está en el valor sociológico descriptivo de una situación concreta, sino en su capacidad de provocar nuevos acontecimientos. Diríamos —utilizando un vocabulario pseudobiológico o pseudoevolucionista— que llamamos acontecimiento a aquello que permanece en la especie, que se torna en un momento de su historia y que provoca cambios y transformaciones, tanto en los individuos, como en la especie. Posiblemente Nietzsche otorgara a la noción de acontecimiento el peso explicativo de la idea darwiniana de mutación.

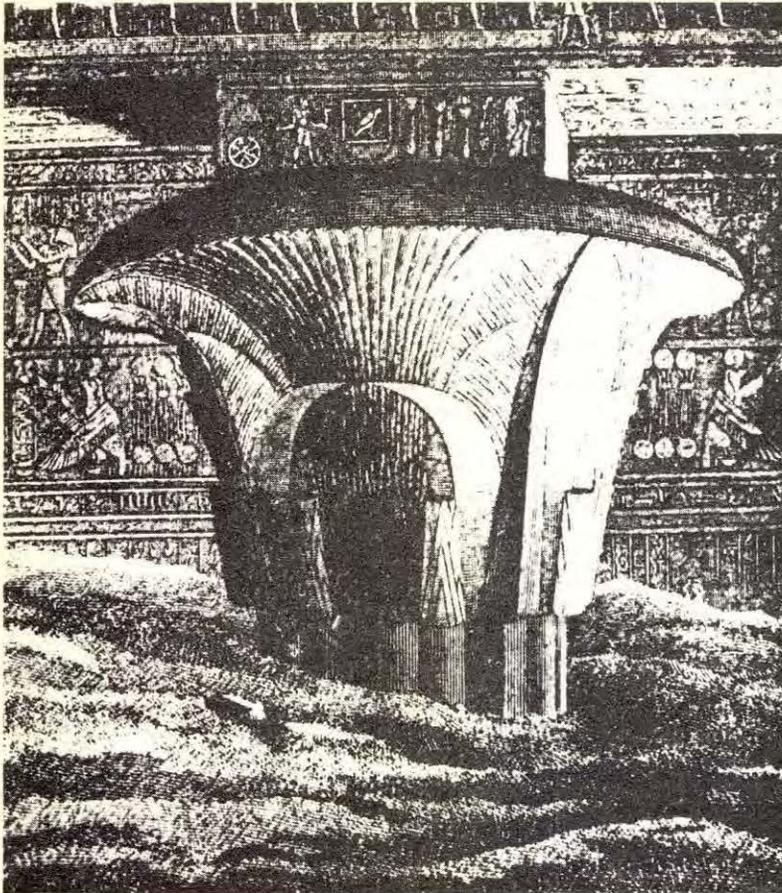
El acontecimiento determina sin estar fundado.

Hacer una reconstrucción histórica y psicológica del acontecimiento, ya sea vacío o muerte, significa diagnosticar un nuevo modo de existencia de la especie. Si el anuncio del acontecimiento es provocador, diremos de su uso cuando menos que es estratégico. En suma, el anuncio nietzscheano que nuestro escritor contemporáneo pone en práctica es un operativo estratégico del discurso.

Filosóficamente hablando, parece situar al Nietzsche de esos años (1881-1882) más cerca de Wittgenstein, que hace de la filosofía una terapia, sobre el lenguaje y la vida, más que de aquellos que según Foucault son los hacedores de una ontología del presente (Hegel, Adorno, él mismo).

Siguiendo lo anterior, podemos decir que, cuando el autor de la frase sobre el vacío hace su provocador anuncio, recurre a la misma estrategia utilizada por Nietzsche al anunciar la muerte de dios. En ambos casos, además, el anuncio es terapéutico, con lo cual sólo se quiere decir que es, en ambos casos, el producto de un “espíritu libre”. Nietzsche introdujo la idea de “espíritu libre” para dar cuenta de una actitud distinta en los hombres que decía adiós a las fábulas del pasado. Indicaba un “buen temperamento”, es decir, una actitud ante el discurso y la vida, una manera de ser, una suerte de cambio en las técnicas de la existencia. Brevemente, el anuncio del vacío y de la muerte de dios están inscritos en una especie de nueva estética; lo que ambos anuncian es una transformación de la sensibilidad.

Ana María Escalera. Filósofa. Profesora de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Ensayista y traductora especializada.



La muerte de dios anunciaba la elevación de la cultura al liberarnos de las ideas y temores supersticiosos y religiosos, al mismo tiempo que daba cuenta de una época para la cual el peligro y la violencia habían cesado bajo la forma de un Estado nuevo.

Donde la vida social tiene un carácter menos violento, las cuestiones eternas pierden su importancia, dice el Nietzsche de *La gaya ciencia*. La mejora en las condiciones exteriores de vida hace posible esta nueva forma de existencia estetizada. La muerte de dios es el abandono de la superstición en un mundo relativamente más seguro para los individuos.

Pero recordemos que en el vocabulario nietzscheano anunciar tiene la fuerza que antaño, en el tiempo de los dioses, tenía la invocación. Así, la muerte de dios, como sus símiles (la filosofía del amanecer o la autosupresión de la moral), son formas eficaces de convocar a la vida en su propio auxilio: la muerte de dios es la legitimación del individuo. La muerte de dios es el grito del poeta, del augur, del soberano de justicia; es una actitud más allá de la refutación o el rechazo, es la aceptación gozosa del peso del mundo y de sus errores, porque éstos constituyen la propia historia del individuo. La muerte de dios señala la entrada en la historia del individuo que trae consigo la exigencia de cargar con toda la historia de la humanidad y sentirla como historia propia.

A su vez, cuando el escritor moderno anun-

cia la era del vacío, lo hace como un gesto, como una suerte de desafío. Pero esto no es todo; tanto el contemporáneo como su antepasado generaron con su anuncio o gesto histórico una imagen (no sé llamarlo de otra manera) que posee y poseía, al menos, una fuerte resonancia en los lectores de sus tiempos: el vacío y la muerte son nuestros infiernos más temidos. La estrategia nietzscheana del anuncio o el gesto consiste en buena medida en saber escoger el término que singulariza entre sus contemporáneos su manera de pensarse a sí mismos. Los modernos de fines del siglo pasado, como de éste, gustaban pensarse mediante vocablos que definían, según ellos, su nueva actitud ante la vida. La muerte de dios sólo es impactante como imagen o gesto para una mentalidad rigorista que distinga la paradoja. Así también, hablar del vacío en relación con nuestra actitud actual ante la vida sólo es interpretable por aquellos que piensan que la vida es algo que tiene un sentido y por lo tanto es interpretable; de ahí que una vida plena esté llena de sentido, y el vacío sólo puede indicar la ausencia de valor y significado.

Desde luego, lo anterior nos sirve para argumentar que la idea de la muerte y la del vacío, en fin, el recurso del gesto o del anuncio no es una metáfora, más o menos feliz; se trata en ambos casos de un concepto producto de un diagnóstico sutil del presente. La muerte de dios es un gesto histórico-psicológico y una condición para la reflexión sobre la filosofía y su nuevo estatuto teórico.

La misma modernidad que viera madurar a Nietzsche de filólogo a filósofo había también acuñado recientemente la noción de cultura. Al mismo tiempo, fue una época marcada con la etiqueta de *cultural*: no había actividad social, ya sea el trabajo, el deporte, el ocio, el pensamiento, etcétera, que no estuviera señalado por ese adjetivo. El tiempo nietzscheano fue testigo de una *culturización* sorprendente de lo social. No es extraño que sus detractores lo hubieran acusado de crítico de la cultura, ya que para ellos todo aquello que tenía que ver con la vida social era la expresión de una cierta cultura o de una cultura en general. Los que pensaban en términos de cultura eran sus opositores, antes que Nietzsche mismo.

Hablar, como Nietzsche lo hiciera entre los años 1881 y 1882, de la reducción de la inseguridad de la existencia como condición nueva del estado social, en el medio creado por la división del trabajo y por el desarrollo de la técnica como una nueva condición del presente, sólo es crítica cultural para aquellos que suponen que esta condición es producto de los tiempos, es decir, para los acérrimos defensores del historicismo que Nietzsche criticara. Es en esta condición de relativa seguridad y no violencia, no en tanto que época o segmento del tiempo, sino en cuanto acción de la historia sobre la construcción de la individualidad (lo que Nietzsche llamara el peso de los errores), que se anuncia la

muerte de dios.

El gesto o el anuncio de la muerte de dios indica el advenimiento de una nueva individualidad, es el inicio de un proceso de personalización en el discurso que hace de la reflexión sobre uno mismo el objeto y la materia de la reflexión filosófica. La muerte de dios es la figura bajo la cual el siglo pasado pensó el proceso de personalización, la preocupación moderna por uno mismo. En la actualidad, esta preocupación ha sido expuesta por aquellos pensadores que hacen de la posmodernidad una figura ontológica antes que temporal (Lyotard, por ejemplo; Vattimo y Ferraris, para citar a unos pocos).

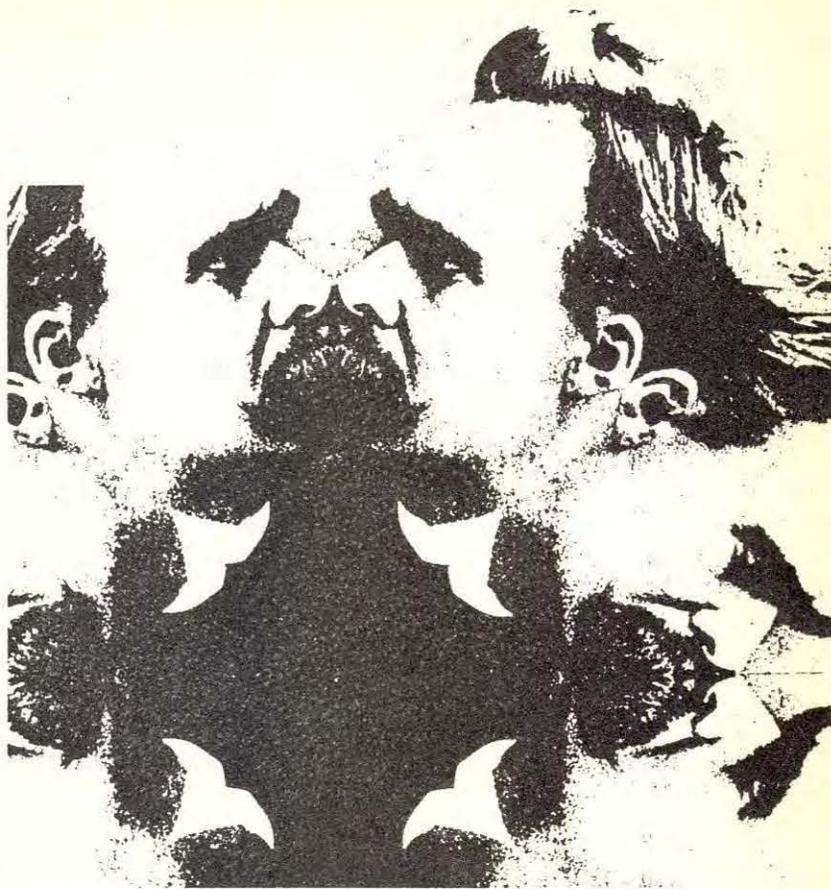
Otro tanto podemos decir del anuncio de la era del vacío. Bajo esa frase se denuncia, en los términos en que a ella le gusta ser llamada, una tendencia de la modernidad que, débil en sus comienzos, se ha mostrado poderosamente dominante en la actualidad y que conocemos como posmodernidad.

Deducir de lo anterior que, bajo la figura de la muerte de dios, Nietzsche pensaba anticipadamente en la posmodernidad, es inadmisibile. La similitud o lo que preferí llamar la evocación de una frase por la otra sólo descansa en el aspecto pragmático de ambas: se trata en los dos casos de condiciones enunciativas semejantes en las que la frase dicha adquiere valor de gesto o de anuncio.

Ahora bien, hacer de las figuras filosóficas un gesto, o a la inversa, hacer de un gesto una figura filosófica, están inscritos en la misma filosofía occidental, al menos desde los textos político-históricos de Kant. Esto lo señaló con gran acierto Foucault, en un pequeño texto suyo. Allí situó dos maneras de quehacer filosófico que estarían presentes en Kant: una analítica de la verdad y una ontología del presente. Precisamente, en esta segunda tendencia colocó al pensamiento nietzscheano.

Sin embargo, no alcanza con transcribir a Foucault, ni tampoco con citar los intentos de Heidegger por situar a Nietzsche en la filosofía sin más para acabar con ese fantasma que hace de este pensador un poeta entre filósofos y un filósofo entre poetas. Este don de la inclasificabilidad es valioso por sí mismo, habla de la fuerza provocadora del discurso nietzscheano y de su voluntad de intervención en la historia de la filosofía. Pero además hay otra cosa que se puede citar a su favor, o lo que es lo mismo, pragmáticamente hablando, en contra de sus oponentes. Hacer de Nietzsche un crítico de la cultura es suponer que los nuevos objetos de los que él habla, sus recursos retóricos, su vocabulario novedoso, etcétera, expresan todos ellos algo llamado cultura.

Nietzsche consiguió inaugurar para Occidente un pensamiento ontológico, y en ese sentido filosófico, de la modernidad y de la nueva función de la filosofía en la misma, así como del papel destinado al filósofo, tanto en relación



con la filosofía como con la historia. Que estemos o no de acuerdo con su diagnóstico es secundario frente a la importancia de la introducción de esta manera nueva de filosofar: ontología de superficie, ontología del acontecimiento.

Nietzsche diagnosticó la emergencia de un modo de individuación inédito que rompió con el instituido desde los siglos XVII al XVIII. Señaló el nuevo universo de los objetos, de las imágenes, de los valores hedonistas que apenas comenzaban a aparecer dentro de una sociedad rigorista y disciplinaria; fue crítico y a la vez víctima de los valores psicologistas que asociamos con ese nuevo modelo de individuación, criticó las nuevas formas de control de los comportamientos, hizo de la verdad una fantasía de Occidente, a la vez que produjo la idea de su *espíritu libre* bajo el modelo de la diversificación de los modos de vida que la modernidad hace posible, volviendo imprecisos los límites de la vida privada. La muerte de dios no es el invento de un pensador del siglo XIX preocupado por criticar su tiempo y su sociedad; es un gesto de Occidente en la fase del individualismo exacerbado.

Las nuevas sociedades democráticas encuentran su inteligibilidad a la luz de esta nueva lógica de la individuación. Nietzsche, el filósofo, fue su primer biógrafo, y, en las vicisitudes de su filosofía, su primer personaje. ■